

Ocúpate en
leer...

Una de las recomendaciones que el apóstol Pablo hizo al joven Timoteo fue (entre otras) ocuparse en leer. (1ª Timoteo 4:13). Hasta hace unos años el índice nacional de lectura en México era de 42 páginas, sí, ¡42 páginas! Es decir que muchos de nosotros como mexicanos cuando tomamos un libro para leerlo, ni siquiera lo terminamos. Esto podría ser un poco o muy desalentador, pues la biblia, el libro que contiene la voluntad de Dios y el secreto de la vida eterna, tiene aproximadamente 1250 páginas (páginas más, páginas menos, dependiendo del tamaño de la letra que a usted, hermano, le guste o acomode leer).

Para evitar leer la palabra de Dios hoy en día existen muchos y variados pretextos: que la escuela,

que si el trabajo, que si no veo bien, que me mareo si leo en el camión, que no sé leer bien, que me fatiga, que hay muchas cosas que no entiendo, se me olvida, que cuando la leo me duermo, "no me interesa saber tanto", etc., etc. Bueno, ha habido personas que utilizan (o más bien, mal utilizan) el versículo de aquella escena donde Festo le dice al Apóstol Pablo que las muchas letras lo volvían loco (Hechos 26:24), a lo que él contestó que no estaba loco, sino que hablaba palabras de verdad y de templanza (versículo 26). Debido a lo anterior es que muchos dicen que prefieren ser sensatos y conocer poco o no saber mucho (pues no les gustaría volverse locos).

Hace 38 años que llegué a la Iglesia de Dios, -



cuando se iba a terminar el estudio de la escuela sabática siempre se apercebía alguien que se sentaba a la entrada de los salones y preguntaba ¿cuántos capítulos? Sí, el hermano o hermana preguntaba a cada hermano o hermana cuántos capítulos había leído de la biblia durante la semana que había transcurrido. Siendo una congregación grande a la cual asistía, obviamente al realizar la suma de los capítulos leídos de todas las fraternidades, eran sumas de más de 350 capítulos. Recuerdo perfectamente que dicha cantidad quedaba asentada en el acta, pues el hermano que la leía siempre decía una cantidad semejante (algunas veces más y otras veces menos). He llegado a pensar que si hoy se hiciera esa pregunta, ¿cuántos capítulos leídos se registrarían en el acta de ese sábado? ¿Alcanzaríamos una cifra aceptable o sería una cifra deleznable?

Definitivamente, considero que el leer la palabra de Dios no es para devorar capítulos a diestra y siniestra, no. Dios quiere que su Iglesia sea sabia, sensata, inteligente y que aprenda justicia, juicio y equidad. "Si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros; entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios." (Proverbios 2:4, 5) El conocimiento de Dios se asemeja a aquel que busca una piedra preciosa, obviamente, no la va a encontrar a flor de piso, tendrá que escarbar 10, 20, 50 o más metros para poder encontrar una piedra de gran precio. La piedra que encuentre tal vez sea muy pequeña o grande y áspera, la cual tendrá que pulir con detenimiento y paciencia; sin embargo, su satisfacción será mayor al embellecerla, que su cansancio y esfuerzo por encontrarla.

"Entonces entenderás justicia, juicio, y equidad, y todo buen camino. Cuando la sabiduría entrare en tu corazón, y la ciencia fuere dulce a tu alma." (Proverbios 2:9, 10) Eso es precisamente lo que Dios quiere de todo aquel que busca su conocimiento en su palabra, que atendiendo a sus consejos, el hombre sea sabio y prudente (2ª Timoteo 2:7), que aprenda la ciencia de Dios, su verdad y su justicia.

Cuando a Josué se le da la ardua tarea de dirigir al pueblo de Israel para poseer la tierra de

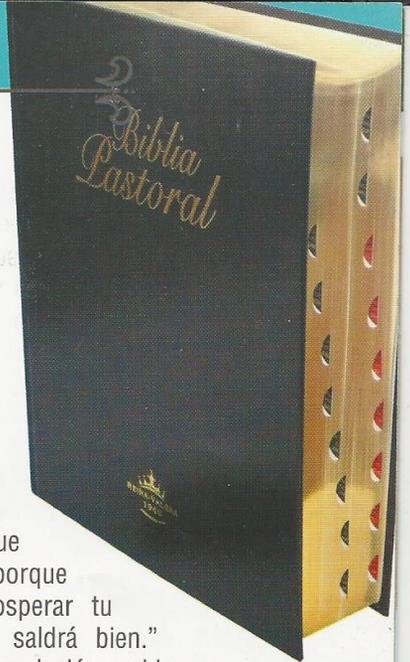
Canaán, Dios le recomienda cuidar de hacer conforme a toda la Ley que Moisés le había mandado: "El Libro de aquesta ley nunca se apartará de tu boca: antes de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito: porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien."

(Josué 1:8), recomendación sabia e inteligente. Meditar en su ley va más allá de solamente leerla, implica escudriñarla, profundizar, "rumiarla" (considerar despacio y pensar con reflexión y madurez algo, dice el diccionario).

Alguna vez un ministro anciano me dijo, que muchos al leer la biblia son como las vacas del campo, pues comentaba que éstas cuando caminan en medio de este, no distinguen si es un pastizal o un hermoso sembradío de bellas flores. Es decir, que pasarán y pisarán las flores sin reparar en el daño que hayan hecho.

Muchos hoy en día leen la biblia, eso es bueno; pero pocos la escudriñan realmente. Es decir, no tienen el propósito de encontrar la verdad, la leen como un libro más. Lo anterior, también ha provocado que en muchas ocasiones se arranquen textos de su contexto para crear doctrinas falsas que no tienen el verdadero fundamento de la sabiduría de Dios. Otros cuantos, la leen para encontrar aparentes contradicciones y tener armas para contradecir la predicación de la palabra de Dios.

El mismo apóstol Pedro hablando de las epístolas del apóstol Pablo y las otras escrituras (la ley y los profetas), decía que había algunas cosas difíciles de entender, de las cuales, los indoctos e inconstantes torcían (y tuercen) para perdición de sí mismos (2ª Pedro 3:16). Efectivamente, siendo la palabra de Dios una fuente de sabiduría no terrena, ésta debe de verse no solamente con nuestros ojos,



EL HERALDO DE LA BIBLIA

sino también con los ojos del entendimiento, ya que Dios ha reservado los mejores manjares para aquellos, que como Daniel, son siervos y siervas de deseos. “¿De dónde pues vendrá la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar de la inteligencia? Porque encubierta está a los ojos de todo viviente, y a toda ave del cielo es oculta.” (Job 28:20, 21).

Entonces ¿cómo es que el hombre debe escudriñar su palabra? Definitivamente con la ayuda del espíritu de Dios “Ciertamente espíritu hay en el hombre, e inspiración del Omnipotente los hace que entiendan.” (Job 32:8). Todo aquel que lee la escritura sin la oportuna guía del Espíritu de Dios, no podrá encontrar la verdad del Dios omnisciente, su lectura será eso, solamente una lectura común y corriente.

Amado hermano y hermana, no nos conformemos con lo poco que sabemos, porque podríamos ser semejantes a aquellos lugares donde está estancada el agua, pues ésta se empolva, se ensucia, cría mosquitos y termina pudriéndose.

La biblia no se equivoca cuando dice que el hombre bienaventurado es aquel que tiene su delicia en la ley de Jehová, y en ella medita de día y de noche (Salmo 1:2); y lo asemeja a aquel árbol que está plantado junto a arroyos de aguas que da su fruto en su tiempo y su hoja no cae

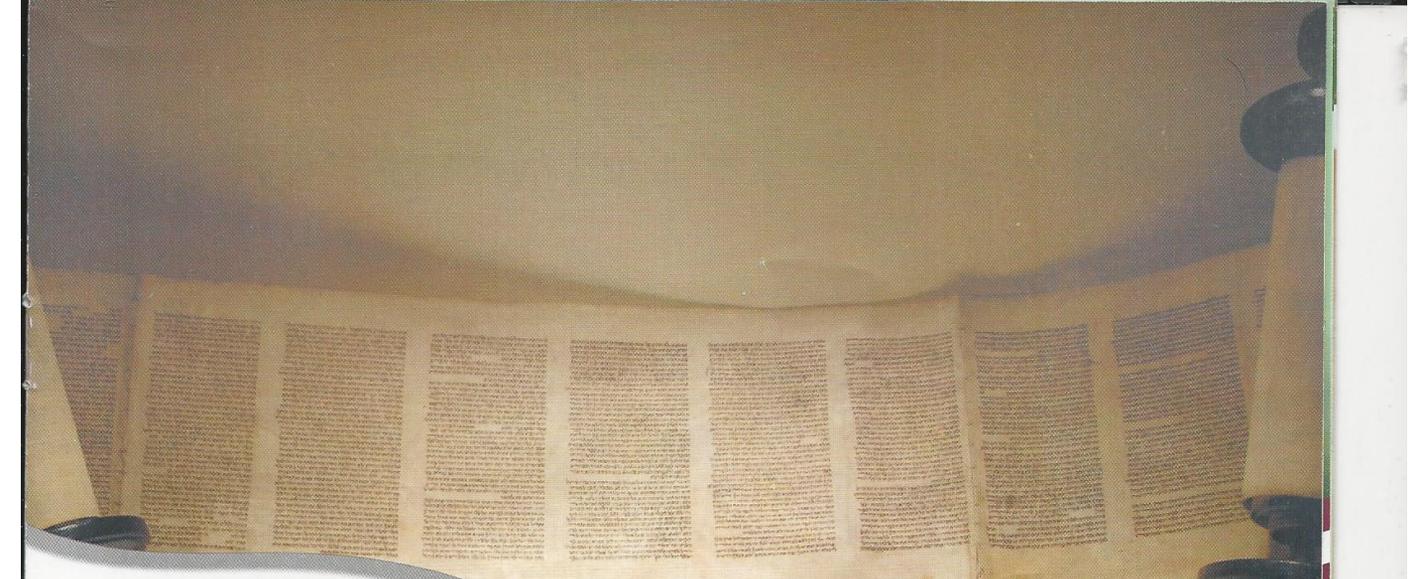
(versículo 3), y por efecto de ello, todo lo que hace prosperará.

El conocimiento de la verdad y sus consecuencias benéficas se dan con el tiempo, por el efecto de la constancia, por hacer de esa búsqueda de la verdad, un buen hábito, “Mas la vianda firme es para los perfectos, para los que por la costumbre tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.” (Hebreos 5:14)

Efectivamente, uno de los propósitos que Dios tiene al revelar su voluntad es precisamente el que acabamos de leer... que tengamos la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, y obvio, que podamos actuar en consecuencia escogiendo lo bueno, modificando nuestra vida y nuestros pensamientos.

El hecho de que cada uno de nosotros conozcamos la palabra de Dios y su sabiduría, no quiere decir que no tendremos combates con el adversario, no, pues ni siquiera el mismo Hijo de Dios se libró de estos ataques. Lo sabemos, porque al leer la cita paralela a Mateo 4:1-11 en Lucas 4, tenemos que el versículo 13 dice: “Y acabada toda tentación, el diablo se fue de él por un tiempo.” Lo cual quiere dar a entender que el Diablo no cejó en su empeño de hacer fracasar el propósito de Dios en su Hijo, pues cualquier momento aprovechaba para acecharlo. La grande enseñanza que obtenemos de esto es que, a pesar de que el mismo Hijo de Dios no pudo evitar el ser tentado por Satanás, si tuvo las armas para poder contrarrestar la tentación, y fue porque, en cada uno de los ofrecimientos del enemigo, tuvo la palabra oportuna de Dios que es firme y contundente.

Para nosotros hoy en día, una de las mejores recomendaciones que podemos llevar a cabo es la que el apóstol Pablo hizo a Timoteo cuando le dijo: “Empero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido;” (2ª Timoteo 3:14) Persistir, significa insistir una y otra vez. No hagamos como muchos, que al leer la biblia y no entender, mejor la dejan por la paz. Por lo que deducimos que la palabra de Dios no es para el



que con impaciencia quiere encontrar rápido las cosas, no, la lectura de la biblia implica paciencia, perseverancia y constancia en la búsqueda de la verdad.

Escudriñar la palabra de Dios con el ánimo ferviente de encontrar la verdad, nos lleva a ampliar el panorama que tenemos de las cosas divinas y espirituales. Viene a mi mente una reflexión muy ilustrativa de ello. Se cuenta, que en una ocasión en un salón de clase, la maestra dejó una tarea; esta consistía en contar las estrellas que cada quien pudiera ver en el cielo. Al siguiente día, antes de pasar la lista habitual, la maestra comenzó a preguntar quién había hecho la tarea... muchos levantando su mano con emoción, querían responder primeramente. La maestra dio la palabra casi a todos los alumnos. Unos dijeron que habían contado 30, 70, 55, 42... uno más arrojado, dijo: ¡124, maestra!; sin embargo, la maestra se percató que en uno de los rincones del salón había un pequeño, que triste veía a sus compañeros. La pregunta no se hizo esperar... y tú, Alonso... ¿Cuántas estrellas contaste? El muchacho, todavía más triste, nuevamente volteó a ver a sus compañeros y respondió: desde mi ventana sólo vi tres estrellas, maestra.

Lo anterior, nos muestra que efectivamente todo depende de lo que queramos ver, o aprender. Muchos no nos aventuramos a salir de nuestra casa y contemplar la inmensidad de los cielos; nos conformamos con los poco que podemos “visualizar

desde
nuestra
ventana”

(hay quienes nos conformamos con lo que sólo oímos los sábados) ¡Ah! Y también ¡Hay de ventanas a ventanas!

Todo depende de cada quien, de lo que pida a Dios comprender de su palabra, ciencia y sabiduría. Hermano(a) ¡Atrévase a escalar hacia la cima y contemplar todo el cielo! Y créame, no se arrepentirá. Dios tiene para todo aquel que busca su sabiduría cosas inigualables.

Ahora bien, como Iglesia, tenemos la importante tarea de predicar la palabra de Dios, que es firme y verdadera; de ahí nace la necesidad de mantener pura, dicha palabra. Por ello, hoy entendemos la recomendación que Pablo le hiciera a Timoteo cuando le dijo: “Retén la forma de las sanas palabras...” (2ª Timoteo 1:13). ¡Cuán importante es que la palabra de Dios se mantenga sin mezcla alguna! Ello, es una responsabilidad que Dios ha depositado en cada uno de nosotros ¡Cumplámosla con temor y con temblor! Esto definitivamente se logra cuando se escudriña la palabra de Dios teniendo como guía a su santo espíritu, el cual nos guiará a toda verdad. Sea Dios con nosotros.